

da. ¿Entonces, tendréis una habitación para Prades?

—No, ninguna. La carta que queríais que escribiese está conforme con la verdad en todos sus puntos.

—¡De veras! ¿Ni el más mínimo rincón?

—No, os lo aseguro.

—Os cedo el cuarto que está al lado del salón.

—¡Cómo!—exclamé asustada,—vos...

—Esperaba ese grito: mi proposición debía despertar vuestra susceptibilidad. ¡Qué niña sois! iba yo á descubrir mis baterías con tanta torpeza, si pensase acercarme á vuestro tenor. No se trata de él, me ocupo de vos. A vos es á quien ofrezco el cuarto de mi marido, que va á estar ausente de aquí algunos días.

—¡Ah, perdonadme!... Pero, ¿por qué os desprendéis de esa habitación en favor mío?

—Porque podéis ofrecerle otra á mi protegido.

—¿Cuál?

—La vuestra. Me habéis dicho que daba al mar y que era muy alegre. ¿No tendréis un gran placer en verla habitada por Prades?

## XXIX

Cuando una hora después, sola en el cuarto, que quiero volver á ver antes de dejarle, pienso en mi conversación con Lucrecia Vitel, me veo obligada á reconocer que ha hecho cuanto podía para ponerme en relaciones con Didier de Prades, combatiendo y desaprobando mi amor para que se desarrollase más.

Me había mostrado los precipicios que inevitablemente encontraría en mi camino, pero al propio tiempo excitaba mi deseo de arrojarme en ellos.

Gracias á ella, tengo el vértigo, me siento atraída hacia el abismo.

—¿No ha adulado mis secretos designios? Además, ¡la comprendo tan bien! yo puedo andar con la frente alta; ella muchas veces se ve obligada á bajar los ojos. Mi nombre está immaculado, el suyo parece comprometido y enlodado. ¿No es natural que desee hacerme igual á ella en corrupción? Entonces

no tendría nada que envidiarme; podíamos entendernos.

¡Con qué habilidad me hizo tocar con la mano las imperfecciones de mi caral!

Bajo el pretexto de atenuarlas, de corregirlas, las ponía al descubierto sin contemplación ninguna. ¡Ah, es mujer, desde la raíz de los cabellos, cuyo color es falso, hasta los tacones de sus botas, de tal manera altos, que engañan acerca de su estatura!

Pero, puesto que se encarga de mi educación, me entrego á ella. No podría hallar mejor escuela que la suya.

La suerte está echada; ¡quiero amar, quiero vivir, quiero luchar, quiero sufrir!

### XXX

14 Agosto.

Prades está instalado en mi cuarto desde hace diez días, sin manifestar la menor emoción. No ha dudado ni un solo instante de mi prontitud en cedérsela, y el trabajo tomado para embellecer su nueva morada. Sin em-

bargo, tiene los colchones más blandos de la casa, las mejores almohadas y las colchas más nuevas.

Cosa rara en un hotel, el reloj de su cuarto marca la hora exacta, y en las paredes no se ven ninguno de esos grabados legendarios ó esos cuadros de baratillo, que irritan á los viajeros... Apenas sale de su cuarto, entra por orden mía un camarero que le arregla. He tenido intención de atender por mí misma á esos cuidados interiores, pero el puesto que ocupo me lo impide.

No exagero nada cuando hablo de mi posición, porque no tomo ya ninguna parte en la administración de las Rocas Negras. Mi madre está sentada en el escritorio donde yo reinaba antes. Hubiese querido utilizarme como secretaria y *factotum*: ella daría órdenes, yo las ejecutaría; ella estaría sentada en su sillón, yo escribiendo lo que me dictase. Pero después de haber ocupado el poder no podía aceptar esta posición subalterna, que estorbaba el plan de conducta trazado por la señora Vitel. Por eso no he aceptado esas nuevas funciones y manifestado intención de conservar mi libertad.

—Qué, ¿quieres que te dé alojamiento y comida sin hacer nada?—me dijo con mucha

gracia el señor Lelievre, que no se acordaba ya de los servicios prestados por mí.

—No seréis vos, padre, quien me dé alojamiento; he cedido mi cuarto al nuevo huésped.

—¿Dónde vas á vivir?... ¿En algún hotel de mis contrarios?

—No, no os afrentaría yo de ese modo. Ocuparé un cuarto en las habitaciones que habéis alquilado, en un precio tan caro, á la señora Vitel.

—¡Ah, esa señora te da hospitalidad! ¿Se ha hecho amiga tuya?

—Creo que he encontrado una protectora.

—¡Qué suerte tienes!

—La tendré, sobre todo, si puedo ser útil á mis padres. La señora de quien hablamos es muy rica, prodiga su fortuna y, como negociante, podéis encontraros el mejor día embarazado en vuestros asuntos. Comprendéis que entonces...

—No, no lo comprendo—exclamó mi padre,—no quiero deber nada á nadie.

A pesar de estas palabras, el señor Lelievre pensó sin duda que con la protegida de la señora Vitel debía llevarse bien.

No se ocupó más de mí y deja enteramente libre mis acciones y mi conducta. No soy ya la gerente de las Rocas Negras, una especie de

segunda ama del hotel, soy una bañista como las demás, pero una bañista que no se baña... porque no debe hacerlo. ¿No me han aconsejado que por ahora no me dé á luz en pleno día? ¿y mi delgadez no debe inspirar un santo horror hacia trajes de baño que llevarían su indiscreción hasta dibujar todas mis aristas?

Paso el tiempo en el cuarto que me ha cedido generosamente Lucrecia Vitel. Me levanto tarde, á fin de indemnizarme de haber saludado la venida de la aurora durante tres meses; y hago mi *toilette* de día, que nadie ve. No tar-do mucho; reservo mis fuerzas para embellecerme de noche. Después de estos primeros cuidados, coloco una butaca detrás de la persiana, medio abierta, y gozo del animado espectáculo que ofrece el patio del hotel. Muchas veces veo pasar á Prades. En su marcha, en su apostura, nada recuerda al artista, parece un hombre de alta sociedad. ¿No lo ha sido? ¿no lo es aún? Cuando puedo vislumbrar su semblante, trato de leer en él sus preocupaciones, adivinar lo que piensa, lo que busca, lo que desea. ¿Hacia qué parte dirigirá hoy sus pasos? ¿Irá á la playa? ¿Con quién se entretendrá? Saluda á la señora d'Averne, ella se vuelve, se junta á él y le habla.

Durante esa conversación, que no he podi-

do oír y que no puedo impedir, mil pensamientos vienen á mi mente y me atormentan. ¡Ah, ya padezco también celos!

Deja á la señora d'Averne, se aleja solo, respiro, y mi pensamiento se complace en seguirle.

No puedo negarlo, no debo hacerme ilusiones, estoy enamorada por completo.

A cada momento me pregunto si lo que experimento es amor, ó si es alucinación de los sentidos. ¡Qué importa la palabra! ¡qué importa el nombre! ¡qué más da que esté loca ó que esté enamorada! Según algunos autores, ¿esas dos palabras, en último resultado, no son sinónimas?

Estoy poseída de un solo sentimiento, de una especie de idea fija; llamadla como queráis, que no por eso dejará de existir.

Estos pensamientos, estos sueños me ocupan hasta las cinco de la tarde. Entonces cierro las persianas y las cortinas, sin respetar al sol, que no piensa aún en desaparecer; quedo á oscuras en mi cuarto, para dedicarme á hacer mi atavío para por la noche, á la cual me entrego por completo. Todo tiempo me parece poco.

Lucrecia Vitel ha puesto á mi disposición una porción de sus cosméticos, de sus ungüen-

tos, de sus polvos. A la luz de cuatro bujías me estuco, me embadurno, me revoco. Mis cejas me llevan media hora, mis ojeras veinte minutos; mis labios son menos exigentes, pero también reclaman mis cuidados.

Cuando se trata de vestirme, ya es otra cosa: pruebo, miro, me pongo delante del espejo para juzgar del efecto; pongo, quito, vuelvo á poner; me abrocho, me desabrocho, me visto, me desnudo. Nadie puede figurarse qué desorden causo á mi alrededor, cuántos colores, fichús, mangas, vestidos, enaguas yacen sobre los muebles. Cualquiera creería que soy dueña de un bien surtido guardarropa. Pero, por el contrario, es muy escaso. Todos estos objetos, esparcidos aquí y allí, vienen de casa de la planchadora, y volverán al día siguiente á su poder. No me puedo arruinar sino gastando en almidón.

El velo brasileño que me presta mi madre, y que uso, siguiendo los consejos de la señora Vitel, me ocupa mucho tiempo. Recorro á ingeniosas mañas para que me tape todo lo más posible sin aparentarlo. Si le tiro un poco hacia la derecha, para disimular una aspereza desagradable, al momento me veo obligada á llevarle hacia el lado izquierdo, donde cualquier vicio de conformación hace necesaria su pre-

sencia. El desgraciado tira de aquí, tira de allá, tira arriba para hacer desaparecer la frente, tira abajo donde la barba puntiaguda y el cuello, demasiado delgado, le hacen necesario, acaba, cansado de esa lucha, por desgarrarse, y pasó una hora en arreglarlo y volverlo á colocar de nuevo.

En fin, son las siete y media: estoy dispuesta. El sol se ha dignado ponerse y avisan para comer, que en casa de la señora Vitel se hace siempre al oscurecer. Mi protectora, no contenta con darme hospitalidad, me ha invitado á comer con ella. He aceptado, sin que crea que cometo ninguna indiscreción, puesto que siempre tiene cinco ó seis convidados, y según su contrata, la ponen diez en cuenta. A mi padre es á quien causo perjuicio.

Además, mi presencia parece alegrar á la señora Vitel. Vive exclusivamente en una sociedad de hombres, y por causa de esta falta de mujeres, mi pequeñísima cantidad de joven soltera la es agradable. Es seguro que preferiría tratar con la señora de Tencin, la de Parabére y otras. Pero esas señoras no parecen dispuestas á aceptar sus invitaciones y se contenta conmigo. Mi posición social no la hace valer mucho entre sus convidados; pero mi sexo permite decir que la señora Vitel recibe

en sus comidas á señoras y hasta á jóvenes solteras.

Yo brillo, con el más vivo esplendor, en medio de esos señores, casi todos artistas. Mis lecturas, mis estudios, y sobre todo mis reflexiones, me permiten conversar agradablemente con pintores y literatos. Mis famosas teorías sobre lo bello en las artes y en... la vida privada, me hacen escuchar y aprender. Encuentran que tengo talento, originalidad, me dan la mano á la inglesa, y dicen de mí: «es un buen chico.» Esos señores, que comienzo ahora á conocer, componen en el invierno el círculo de amigos íntimos de la señorita Vitel. Comen con ella tres ó cuatro veces á la semana, sin que se les pueda llamar *gorrones*. Pagan su finura enviándole un cuadro, un grupo de barro cocido, ó un libro que la dedican. ¿Están enamorados de ella? No lo sé. Pero de todos modos han de ser inofensivos para Lucrecia Vitel, si fué sincera cuando me dió su opinión sobre los artistas.

Según la crónica escandalosa, parece que á cualquiera de sus convidados le tira el pañuelo. Al final de la comida, la dueña del hotel da al favorito del día un billete perfumado, que contiene alguna invitación personal y deseada. Pero, acaso sea víctima de esas ca-

lumnias que se esparcen sin tomarse nadie el trabajo de comprobarlas.

Después de la comida, se pasa al salón. Es el momento en que el señor de Prades se junta con nosotros.

## XXXI

A Didier de Prades, ¿le ha enterado Lucrecia de los sentimientos que me inspira, ó simplemente demuestra su condición de hombre de sociedad, ocupándose de la única mujer que se halla al lado de la dueña de la casa? De cualquier modo, yo me aprovecho de la cortesía ó de la indiscreción cometida en favor mío.

Después de saludar á la señora Vitel, y de apretar la mano que se le tiende, viene ordinariamente á sentarse á mi lado. Estoy muy conmovida, pero hago esfuerzos increíbles por no parecerlo. Si perdiese mi reputación de buena muchacha, si como mujer, y mujer enamorada, cometiese la imprudencia de enseñar la punta de la oreja, acaso le asustase y estaría menos obsequioso conmigo.

He tomado el partido de hablar muy poco, oír mucho y pasar con mi reputación de talento que me he creado en la mesa cuando él no estaba. Me entretiene refiriéndome sus primeros estudios de canto, las dificultades que ha tenido que vencer, su desanimación, sus luchas, y de su *debut* inesperado en la Opera Cómica. Pinta su asombro, su emoción, su espanto al encontrarse en escena, delante de mil doscientos espectadores, cuya indiferencia ó cuya hostilidad son evidentes. ¿Cómo de su garganta contraída por la emoción ha podido salir ni un solo sonido? Lo ignora, anda, habla, canta sin saber lo que hace. Su pensamiento está muerto. Le aplauden y no lo comprende. No percibe más que un ruido inmenso. Cuando baja el telón y sale de la escena, por todas partes le dirigen felicitaciones, y entonces tan sólo es cuando comienza á revivir.

Me dice, con voz tranquila, siempre en el mismo tono, todas esas cosas que me conmueven profundamente. No parece que habla de sí, sino que refiere aventuras de otro y que le han contado, que analiza impresiones que otro le ha pintado. Es notable, en verdad, su sangre fría y su flema británicas. Pero esa frialdad debe ser aparente. Aquellos ojos, medio

apagados en ciertos momentos, despiden relámpagos. No es siempre tan dueño de sí como parece. Presa de un violento deseo, de una gran pasión, asustaría por su arrebató y su ardimiento. ¡Ah! no soy yo quien puede esperar deshacer ese hielo, inflamar esa imaginación soñolienta, hacer latir plácidamente su corazón. Soy, por ahora, un personaje mudo que le replica, una pareja, una confidenta de tragedia, nada más. Este papel no me desagrade, lo hago con singular placer, siempre que sea yo sola quien le ayude. Puede dormirse haciéndole, con tal de que no despierte bajo las miradas de otra mujer. Por ahora, saboreo el encanto de esa conversación íntima, y en mi egoísmo, me felicito del desdén que las mujeres de mundo demuestran á la señora Vitel, de la especie de cordón saninario que se ha formado á su alrededor. Gracias al aislamiento á que esas señoras la han condenado, no tengo ninguna rival.

A veces me causa gran extrañeza que Prades, en vez de sentarse junto á Lucrecia, busca mi compañía. ¿No encerrará esa conducta algún oculto designio? Enamorado en secreto de la bella veneciana, lo cual sería muy natural, Didier tal vez tenga miedo de hacerse traición; si la otorgará abiertamente sus atencio-

nes y no se ocupará de mí con más objeto que el de desorientar á los bañistas. ¿No estarán los dos de acuerdo para darse recíproco testimonio de una frialdad de encargo? Esta última sospecha, por inverosímil que parezca, hiere mi mente, debo confesarlo. A pesar de mi reserva habitual, no puedo dejar de tener confianza en la señora Vitel. Me ha parecido sincera cuando me desarrollaba sus teorías sobre el amor. Otros muchos indicios me hacen sospechar que piensa hacer de mí, en un porvenir cercano, una amiga, una aliada ó una cómplice.

Pero Didier puede amarla sin que ella se lo permita, acaso hasta sin que lo sepa. La calma, la sangre fría de que hablaba, y que no le abandonan sino bajo el imperio de pasiones violentas, le permitirán seguramente ocultar su juego y adormecer mi vigilancia. Este es mi temor más grave, que no puedo echar á un lado y que me impide saborear en paz mi dicha... negativa.

A las diez se cierran las ventanas del salón, se echan las cortinas para impedir que el ruido del mar llegue hasta nosotros. Entonces Didier de Prades, sin hacerse rogar mucho, se acerca al piano y canta una pieza de ópera ó cualquier romanza que le pedimos. Sentada á

unos cuantos pasos de él, alejada lo más posible de vecinos incómodos, medio recostada en una butaca, con la cabeza inclinada, la boca entreabierta y los ojos fijos, permanezco sumida todo el tiempo que él canta, en una especie de postración voluptuosa, de transporte extático, que algunos fanáticos comprenden, y para quienes la música es una de las manifestaciones de la sensualidad. ¿Es la música solamente, tomada de un modo absoluto, quien me produce esas sensaciones exageradas, ó estoy sencillamente bajo la influencia de mi amor á Didier?

Con mi mala costumbre de raciocinar, de analizarlo todo, me he dirigido muchas veces esa pregunta. Creo, después de maduro examen, que el amor y la música contribuyen á mis goces, completan mi éxtasis.

A las doce, los huéspedes de la señora Vitel la dan la mano y se despiden de ella diciendo: «hasta luego». Prades, á quien sigo con la vista todo el tiempo que puedo, entra en su cuarto... el que fué mío antes. Yo me retiro á mi celda, donde generalmente entra la señora Vitel para conversar conmigo antes de acostarse. Hablamos poco de mi amor; por discreción ó por cálculo aguarda mis confidencias, no quiere provocarlas. Además, amores tranquilos, re-

posados, pasivos, relativamente felices, como son los míos, no se cuentan.

Guardaríamos silencio una y otra, si Lucrecia no hubiese emprendido, no sé con qué objeto, la tarea de contarme la vida que hace en París. Me hace penetrar en su feliz existencia, en su espléndido hotel, en medio de sus numerosos domésticos, en sus salones llenos de maravillas. Me da minuciosos detalles de lo que hace durante el día: las mañanas las dedica á una *toilette* que no termina nunca, al baño, en un precioso cuarto-tocador, cubierto de lunas de espejo, copiado de uno que hay en Fontainebleau; á la hora de almorzar recibe á todos los que llevan géneros de cualquier especie á su hotel, los respetos de los cuales halagan agradablemente su amor propio.

Son ya las tres de la tarde: una carretela, magníficamente enganchada, se para delante de su hotel. Un hujier se lo avisa, baja por la escalera principal, adornada de flores raras, atraviesa el vestíbulo, donde los lacayos de gran librea forman en hilera á su paso, y sube al carruaje. Me siento á su lado y nos dirigimos al Bosque. Sus amigos se juntan allí con ella, galopan á la portezuela de su coche y forman una especie de escolta. Sabé que no goza del favor de las grandes señoras del día,



y no cambia con ellas ni el más pequeño saludo. La conoce, pero como si no la conociese. Pero ella, al propio tiempo, no quiere relacionarse con las bellas pecadoras, constantes abonadas al lago, y las aplasta con el mismo desdén con que á ella la tratan en regiones más elevadas.

Ese desdén, además, produce tantos celos y envidias que se consuela fácilmente. Su virtud puede ponerse en duda, pero todos hacen justicia á su belleza, á su talento, á su distinción y á su gusto. Si no pertenece á la alta sociedad, no forma parte de la clase media. La corresponde una clasificación personal; es la señora Vitel: con esto está dicho todo.

Vuelve del Bosque cuando no tiene tiempo más que para ocuparse de la *toilette* que ha de lucir por la noche. A las siete pasa al salón, donde la aguardan sus convidados habituales, á quienes guía poco después al comedor, una de las habitaciones más notables del hotel y que ha sido decorada por nuestros mejores artistas. Uno de los lujos de la señora Vitel consiste en no haber diferencia entre las comidas diarias que daba en su casa y las especiales que tenía en días extraordinarios. Ni el número y clase de los platos ni la calidad de los vinos variaron nunca. Invita á ellas por me-

dio de esquelas. Desde que ha sido admitido en sus salones, está dispuesta la mesa, siempre hospitalaria y servida con esplendidez.

La noche se pasa en las habitaciones destinadas á la recepción, iluminadas y adornadas con flores, renovadas cada día, como si se tratase de un gran baile. Muchas veces también va á los Italianos ó á la Ópera, y su entrada en estos teatros llama siempre la atención general.

Del resto de la noche no me habla nada, y menos aún del señor Vitel.

.....  
20 Agosto.

El calor es muy fuerte desde hace una semana; lo hemos sentido hoy mucho en los salones de la señora Vitel. Se ha convenido en pasar la *soirée* de mañana á orillas del mar. Confiamos á la luna, que será luna llena, el cuidado de iluminarnos. Al mismo tiempo, la marea baja nos permitirá seguir á pie por la costa, en dirección á Villerville, paseo proyectado hace tiempo.

## XXXII

El tiempo ha cumplido lo que prometía ayer; el cielo está sereno, la mar tranquila. Apenas si, al ponerse el sol, una débil brisa refresca la atmósfera.

Como habíamos convenido la víspera, los íntimos de la señora Vitel, en vez de hacerse anunciar en su salón á las ocho de la noche, se reunieron en la terraza, donde los esperábamos. Los paseantes que nos juntamos, éramos diez, comprendiendo en ellos á la señora Vitel, á Prades y á mí. Según nuestro proyecto, tenemos que ir por la línea de rocas llamadas Rocas Negras, que limitan por la derecha con la playa de Trouville, señalan la embocadura del Sena, y han dado nombre á nuestro hotel.

Como la arena seca se hunde y es muy trabajoso andar sobre ella, uno de nosotros propuso que fuésemos por la orilla misma del mar. Aplaudióse la idea, y henos ya en los confines de la playa. Pero si el suelo ofrece más resistencia á los pies, es también más ac-

cidentado y más húmedo. La mar, al retirarse, deja tras sí grandes charcos de agua; forma arroyuelos, estanques y lagos, y muchas veces nos hallamos á orillas de un torrente que es preciso atravesar ó llegar hasta su origen. Los caballeros, por precaución, llevan botas de caza, y la señora Vitel va calzada con botinas de cuero blancas, cuyas hebillas, abrochadas, dibujan el principio de la pantorrilla; se levanta el vestido sosteniéndole con corchetes, lo cual permite, gracias á la claridad de las estrellas, distinguir una media de seda á rayas, de color gris y negro, cubriendo una pierna hecha á torno, que ya he descrito sin haberla visto.

El grupo que formamos es muy alegre: reímos, gritamos, corremos, saltamos, ayudándonos y dándonos la mano unos á otros para atravesar esos arroyuelos; algunos, como si fuesen chicos de la escuela, se entretienen en hacer saltar el agua, con objeto de mojar á los que están cerca, que á su vez los mojan á ellos.

La luna, que se nos había prometido, y por tanto, teníamos el derecho de contar con ella, no ha salido aún. Pero las estrellas, el buen tiempo, el fresco que sentimos después de un día tan caluroso, los deliciosos perfumes espar-

cidos en el aire por los fucos, las ovas y las algas marinas de que están cubiertas las rocas, bastan por el instante á nuestra dicha, y sentimos una especie de voluptuosidad llena de atractivos.

Yo estoy más animada, más ligera, más alegre que de costumbre. No ando, no corro, vuelo; tengo alas. Los que me acompañan me siguen con gran dificultad: «ya se conoce que Carmen tiene pie de marino», dijo uno. «Desde su más tierna infancia», dice otro, «ha hecho este ejercicio en las playas de Pernambuco, y ahora se complace en humillar á unos pobres parisienses.»

En esto, Lucrecia Vitel acaba de escurrirse en una roca; da un grito, y Didier, que no está lejos de ella, se apresura á ayudarla á levantar.

Sin duda yo, por hacerme la valiente, me he visto privada del placer de llamar en mi auxilio y de ser auxiliada por Prades. Desandando inmediatamente el camino, me repliego al grueso de la tropa, hago como que me escorro, y doy también un grito.

Al momento se lanzan en mi auxilio. Pero ¡ay! no es Didier. Para colmo de desgracia, mi salvador es muy torpe; tira de mí con demasiada fuerza y acabamos por caernos. No

era con él con quien yo hubiese dado ese mal paso.

De despeñadero en despeñadero, de charca en charca, llegamos por la playa, hasta Hennequeville. La luna, fiel á sus juramentos, acaba de salir, permitiéndonos distinguir el terraplén sobre que se levantan la aldea y su campanario medio oculto en el follaje.

Nos encontramos entonces en un verdadero campo de piedras y de rocas. No son muy elevadas y las falta carácter, pero nuestra imaginación se lo da. La playa de Trouville, su arena, en la que no se dibuja la más mínima sombra, nos hacen apreciar, sobre todo, por espíritu de oposición, esos movimientos del terreno. Sí, en ese pedazo de tierra, la Naturaleza no ha experimentado grandes convulsiones, esos potentes estremecimientos que conmueven violentamente el suelo; ha tenido impaciencias que la han accidentado.

Los más tímidos ó los más perezosos de la reunión proponen no pasar de allí. Unos ponen por excusa el cansancio, otros la imprudencia que sería el ir más lejos. «La mar, dicen éstos, comienza á subir y puede sorprendernos.» Yo objeto que faltan aún dos horas para que llegue hasta nosotros; pero dudan de mi ciencia y deciden los más valientes

que sigamos sus consejos. Subimos á una roca, un poco menos húmeda que las otras, se separa el varech, demasiado escurridizo, escogemos una playa un poco inclinada, donde la mar permanece ordinariamente poco tiempo, y cada uno de nosotros se sienta á derecha y á izquierda, aquí y allá, á medida de su gusto y de su fantasía.

Prades, según la costumbre de todas las noches, y como si estuviésemos en los salones de la señora Vitel, se sienta á mi lado; mi felicidad es completa.

El tiempo es magnífico, el cielo más radiante que nunca. Casi estamos tentados por creer que el crepúsculo ha dicho su última palabra. Es el día en la noche. La vía láctea se destaca fuertemente. Las estrellas, á pesar de haber luna, conservan su resplandor, y los planetas, olvidando su papel subalterno de satélites, despiden mil rayos y brillan como soles. Hay momentos en que me creo estar en el Brasil, y mis ojos buscan en el horizonte luces, que son visibles en los trópicos únicamente.

La mar, tranquila como un lago, está dividida en dos en toda su longitud, de Este á Oeste, por una especie de línea que la luna ilumina y hace brillar. Una barca pescadora

atraviesa esa cinta argentina, y se divisa tan distintamente como en pleno día. A unos cuantos metros de nosotros, las olas suben dulcemente y cubren las rocas de una espuma blanquecina. Reina el más absoluto silencio por temor á turbar el reposo y el recogimiento de una noche tan hermosa.

Acaso se haya callado por oír á Didier, pues éste, comprendiendo el deseo de todos, nos dejó oír una deliciosa melodía, apropiada á la disposición de nuestras almas; una de las últimas fantasías que Schubert nos ha dejado.

Cuando ya no canta, aún se escucha. Pero se escucha la noche. ¿Quién se atrevería, estando entre artistas, á turbar tan armonioso silencio? ¿Quién no se ve obligado á reflexionar, á recogerse en su interior?

De repente alguien de los que estábamos allí dió un grito.

El agua nos invadía por todas partes.

Según mis cálculos aún nos faltaba una hora.

—¡Ah! ¡me había olvidado de que había luna llena, que es la causante de las grandes mareas! La mar se había retirado muy lejos, mucho más que los demás días, y sin reflexión, imprudentemente, habíamos bajado á la playa. Y ahora volvía rápida, gruesa, hinchada á to-

mar posesión de su dominio, á conquistar otros nuevos, cubriendo espacios donde ordinariamente apenas llegaba.

## XXXIII

El grito de alarma que se había dado, reavivó mis recuerdos marítimos. «Hombre al agua» gritó un marinero del *Sócrates*. Al instante, el capitán sube al puente, y sin que parezca conmovido, da orden de salvarle y dirige las maniobras necesarias. El hombre se salvó, gracias á la sangre fría de los oficiales de á bordo. Esas impresiones de viaje que vienen á mi mente, ¿no me indican mi deber?

—La mar me ha jugado tan malas pasadas, que no me asusta... cuando estoy en tierra. He visto olas tan enormes avanzar hacia mí, disponiéndose á engullirme, que no puedo temer las pequeñas olas que amenazan hacernos frente. Cuando se pasa la mitad de la vida sobre abismos de mil á tres mil metros de profundidad, sería pueril intimidarse por algunos pies de agua, temibles solamente por los reumatismos que puedan originar.

Estas bromas son de un gusto dudoso y esos razonamientos falsos: si no se toman inmediatamente medidas enérgicas, tendremos dentro de poco, al rededor nuestro, cinco pies de agua, que bastarán para ahogarnos. Mil metros de profundidad hacen efecto en una narración; pero un metro de profundidad producen absolutamente el mismo efecto á quien los siente sobre su cabeza. Si antes de un cuarto de hora no llegamos á doblar la punta de las Rocas Negras, el camino quedará obstruído por el mar, exceptuando por el lado de la cortadura de esas rocas, que ninguno de nosotros podríamos escalar.

El peligro es serio; ha llegado el momento de no hacerse ilusiones. Propongo dirigir las operaciones. Mi voz enérgica, mi aire determinado, mi actitud soberbia, la experiencia que todos me conceden, me hacen conquistar sus votos. Me nombran con entusiasmo jefe de la expedición.

A imitación de los oficiales del *Sócrates*, en momentos difíciles, subo á hacer mi cuarto de hora á una roca un poco más elevada que las otras; dirijo una mirada de águila sobre la loma de agua que nos rodea y doy órdenes. En vez de dirigirnos á Trouville, trataremos de llegar lo más pronto posible á la cortadu-

ra. Una vez al pie de ella, seguiremos todos sus contornos para abrírnos paso por en medio de esa punta que tanto nos asusta, por el punto que más se aleja del mar. Este camino, evidentemente es el más largo; pero es el menos peligroso, puesto que nos permite llegar á una parte de costa que el mar no ha mojado aún.

A nadie se le ocurrió discutir mis órdenes; tampoco yo lo sufriría: y dije, con objeto de alegrar esta situación, \*que era capaz de dar un tiro al que me desobedeciese.

¡Adelante! No se trata ya más que de arreglar los trajes; es preciso hacer ese sacrificio. Los pantalones se han convertido en calzones cortos, pero muy cortos; el pudor le dejamos á un lado. La señora Vitel se alzó las faldas, tal vez más de lo necesario. La coquetería es lo único que nos queda, y ella me impide enseñar mis piernas. ¡Tanto peor para mi vestido! ¡Qué caro cuesta estar mal formada!

El primer momento es terrible: nos aventuramos á hundirnos en un pequeño y límpido lago; no esperábamos tener agua más que hasta las tobillos, pero nos llega á las corvas; yo estoy ya metida en él y animo á los más cobardes. Tres de nuestros compañeros de infortunio se han metido entre dos rocas eleva-

das; el terreno está casi seco bajo sus pies, cantan victoria y nos aconsejan que les sigamos. De repente, una ola que avanza dulcemente con poco ruido, encuentra las rocas, y sin fuerza para cubrirlas, se introduce en sus desigualdades, se extiende á derecha é izquierda, y se lanza por el estrecho camino recorrido por aquellos señores. Durante un segundo creyeron ahogarse, pero la ola no quiso su muerte; se retiró después de haberlos mojado bien.

Se anda aprisa, se huye. Los más intrépidos, ó acaso los más miedosos, tratan de gastar bromas, se les suplica que se callen; su risa es fúnebre.

La señora Vitel da un grito de verdad. No se pareció en nada á esos gritos contenidos, zalameros, que se permitía dar á nuestra ida, con objeto de que cualquiera la diese la mano. Corre evidentemente algún peligro, y me dirijo precipitadamente junto á ella.

Esta vez también Didier de Prades llegó antes que yo, y la sacó al momento de un agujero más profundo que los demás donde había caído, y ya estuvo á punto de dar su último adiós á la vida. La cogió en sus brazos y se alejó con ella.

Llegaron á las rocas, que la mar, como yo

esperaba, no había aún tocado. ¿Por qué no la deja ya? ¿Por qué insiste en apretarla contra su pecho? ¿Quiere dar muestras de su fuerza? Sí señor, podéis llevar una mujer en brazos, lo sé, lo veo, soy testigo de ello. Pero ella pesa, y yo... soy ligera, yo os daría menos trabajo. Pero no me he caído en un agujero, no he dado ningún grito, no podía venir en auxilio mío. He tomado el mando de la expedición, respondo de la vida de todos, me he encargado de su salvación, no debo encontrar mal que uno de los que me siguen me preste su ayuda y trabaje por la salvación común. ¡Ea! ¡Basta de celos! ¡Qué ridícula estoy!

¿Pero qué me importa serlo en mi interior? Padezco, sí, sufro al verla en sus brazos, bajo su mirada. ¡Ah! ¡si fuese á mí á quien tuviese cogida, si pudiese sentir latir su corazón junto al mío, si sus cabellos rozasen mi cara, si su aliento llegase á mis labios, un pedazo de cielo se abriría para mí!

¡Ah! ¡Será que ella le ama! ¡Me habrá dicho la verdad ó habrá mentido! No tengo más que fijarme. Una mujer enamorada, al verse en brazos del hombre amado, debe olvidarse de todo, se hace traición á sí misma.

Han dado vuelta á una roca, marchan al descubierto, la luna les ilumina; veámos.

No; sus ojos están cerrados como lo estarían los míos; mira al rededor suyo con aire indiferente. No está tan pálida como de costumbre, hasta se ríe; no debo temer nada por parte de ella.

Pero, ¿y él? La habla, un murmullo confuso me lo hace conocer. ¡Ay! ¡ninguna de sus palabras llegan á mis oídos! ¿Qué la dirá? ¡Que está admirablemente hermosa en estos momentos, que es feliz al contemplar esa hermosa cara, al ver palpitar su hermoso seno, que la ama, que la adora!

No veo nada, no oigo nada, no dirige sus miradas hacia donde yo estoy, no puede hacerla traición.

¡Y mi papel de capitana, de que ya me olvidaba!

¿Y la salvación común?

Gracias á mi cuidado y á mi energía, todos los obstáculos han sido vencidos. Hemos doblado el cabo, el espacio que tenemos delante está libre de agua. Reuno á mi ejército, paso lista y todos responden: ¡presente! He merecido bien de la patria.

Inmediatamente recibí la recompensa de mis servicios. La señora Vitel ha dispuesto que todos los caballeros me besen. ¡Qué número más inmenso de besos voy á coleccionar!

¡No comprendo que ciertas gentes prefieran la cantidad á la calidad!

Yo cambiaría todos estos besos por uno solo muy largo; pero no está en mi mano elegir.

Puse la mejilla, la operación dió comienzo y la sufrí muy contenta. Al fin y al cabo los que me besan son jóvenes y bastante buenos mozos; no tengo razón ninguna para quedar descontenta.

Noto que Prades no se da mucha prisa. Tanto mejor, ¡no habrá nada que borre su beso!

Todos han pasado ya. Es el único que espera vez. ¡Acaso espere que se olviden de él!

—¡Eh, que os toca á vos!—le dijo la señora Vitel.

Se dirigió á mí, me cogió las manos, me atrajo hacia él y depositó dos sonoros besos en mis mejillas.

Bien poco fué; sin embargo, sentí un placer inmenso. Estoy pálida, el corazón se me salta del pecho; una especie de temblor recorre mi cuerpo. ¡Ah, qué tonta soy!

Henos ya en las Rocas Negras; nos deseamos una buena noche, nos separamos y cada cual se va á acostar.

¡Creéis que he podido dormir!

30 Agosto.

Diez días hace que no he tocado á estas Memorias. No me atrevía á confiar al papel las impresiones nuevas porque he pasado, la aventura terrible que ha trastornado mi vida, que me ha perdido... Pero me he jurado en mi interior no interrumpir jamás este trabajo, ser sincera conmigo misma, decir la verdad, toda la verdad.

Sin embargo, puedo decirlo todo; ¿me atreveré á decirlo, encontraré las palabras más convenientes para?... Veré si lo consigo.

#### XXXIV

Desde nuestro paseo nocturno á orillas del mar, se había operado en mí una completa metamorfosis. Comencé á considerar el amor de otro modo que antes. Las miradas cambiadas, los apretones de manos al llegar y al marcharse, las conversaciones á solas en un rincón del salón, no me parecían ya la última palabra de la dicha. Sentía que no era la misma de antes, y todos los antiguos recuerdos de mi vida errante, los secretos sor-